

A fuerza de reflexiones tomadas de la filosofía platónica que Elena sabe al dedillo, Durante logra tranquilizarla y reducirla a recogerse en su habitación o *cubiculum*. Entonces explica a Octavio que Cristina había sido la esposa de un militar, Evaristo Quiñones; a los ocho días de matrimonio tuvieron que separarse porque ella había intentado matar a su marido. Quiñones sigue enamorado de Elena, pero ella le aborrece por temor que algún día reclame la vida matrimonial que con justicia le pertenece. Lo que Elena necesita, según su padre, es un esposo de mentirillas que platique con ella «en el jardín a la luz de la luna sobre las ideas y se mire en sus ojos para ver en ellos el arquetipo de la Idea Una»¹⁵.

Octavio se queda hasta que sale la luna llena y acaba por contraer fingidas bodas con la loca. Sin embargo, no cesan sus aprensiones de sufrir la misma experiencia que Evaristo ni de caer en tentaciones carnales con Elena. Después de la ceremonia, Octavio tiene que pasar la noche en el jardín, con sólo un blanquísimo jitón de lino; el pobre casi se muere de frío mientras la «novia» ensarta una larga arenga sobre el Código de Manú y las ocho clases de matrimonio.

Los dulces coloquios de la pareja son interrumpidos por la aparición de Carmela en busca de Jesús. Elena y Octavio la observan desde la hojarasca de un rincón oscuro. El Nazareno resulta ser don Salustio Durante, disfrazado; al acercarse, sus ojos parecen decir a Octavio: «En tus manos encomiendo mi honor; yo, Jesús... y padre, respondo de la pureza de mi Carmela; tú, hombre... y falso esposo, respóndeme de la pureza de mi Cristina»¹⁶. A lo lejos se oye un piano que entona el tercer acto del *Fausto*, precisamente la escena del jardín. Elena llega a su puerta y cierra la ventana. Octavio permanece solo en el jardín, llorando; se da cuenta que hoy ha vencido el deber, pero ¿y mañana?

A primera vista parece mentira que un autor de la categoría de Leopoldo Alas hubiera accedido a colaborar en esta novela, al año siguiente de haber escrito *La Regenta*. Sin embargo, el gran novelista no se aparta del estilo jocoserio que había utilizado en sus demás cuentos. En efecto, este capítulo puede leerse independientemente, ya que apenas se alude a los capítulos anteriores. Como en otras narraciones del autor, encontramos su poco de sátira, al burlarse de las novelas de Octavio Feuillet y de la traducción de Hegel hecha por Fabié.

Las rarezas de los cuatro personajes de este capítulo parecen más naturales o verosímiles gracias al factor de la locura. El propio Durante confiesa que tal vez él tenga la culpa de la locura de sus hijas, por su psicología introspectiva y su sistema de educación armónica. Irónicamente, al hablar de su hermana, Elena alude a la locura hereditaria en su familia, pero nunca considera la posibilidad de que ella misma estuviera tocada. La estratagema de don Salustio, al disfrazarse de Nazareno, tampoco deja de tener sus ribetes de locura, si bien lo hace sólo de mes en mes para tranquilizar las exaltaciones místicas de su hija. ¡Dichoso idealismo y educación armónica en pleno fervor naturalista!

¹⁵ LEOPOLDO ALAS: Cap. VI de «Las vírgenes locas», *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 177, pág. 6, 10-VII-1886.

¹⁶ *Ibid.*, vol. VI, núm. 178, pág. 6, 17-VII-1886.

El capítulo VII de *Las vírgenes locas* («De cómo la fatalidad... o la Providencia toman tarjetas en el asunto»), a cargo de Pedro Bofill, sólo añade una casualidad al relato. Guiado por don Salustio, el embelesado novelista vuelve al despacho del editor, sin saber si las vicisitudes de aquella noche habían sido un sueño o una broma de Durante. Dándole las gracias, el editor se quita la barba y la melena postizas, pero no dice nada de las cuartillas que Octavio le había entregado.

Al despedirse, el novelista declara que aspira a conquistar a Elena, aunque sea *idealmente*. Camina tan melancólico y pensativo que tropieza con un desconocido en la calle. El incidente termina en una bofetada y los contendientes se separan después de cambiar sus tarjetas. Todavía pensando en su virgen loca, Octavio sigue su camino y no lee la tarjeta hasta llegar a un farol. Resulta que el duelo va a ser, ni más ni menos, que con Evaristo Quiñones, capitán de caballería, el legítimo marido de Elena ¹⁷.

Desde muy joven, Pedro Bofill (1840-1894) empezó a colaborar en *Gil Blas* y fue redactor de *El Globo*, *El Progreso*, *El Pueblo*, y otras revistas. Durante muchos años estuvo encargado de la sección de crítica literaria y teatral en *La Epoca*. Bofill no consta en el catálogo de novelistas de Ferreras. Su retrato, o mejor dicho caricatura, aparece en el *Madrid Cómico*, del 8 de mayo de 1886.

El capítulo VIII («En que se presenta a los lectores el hombrecillo de las gafas verdes») firmado por Vital Aza, termina con otra casualidad. En párrafos de una sola oración, al estilo folletinesco, nos cuenta que a las nueve de la mañana del día siguiente, Ortega se dirige a la calle del Príncipe. Va en busca de su amigo don Celestino Peláez, para pedirle que sea su padrino en el duelo con Evaristo Quiñones. Peláez está en su despacho hablando con don Martín Velasco, un hombrecillo de sesenta años de edad, calvo, millonario, enjuto, con gafas verdes y una pulcritud exagerada en su manera de vestir.

Al hacer las presentaciones, Peláez describe a Ortega como un «novelista distinguido, soñador perpetuo, joven de gran talento en las regiones ideales, pero poco conocedor de la prosa de la vida» ¹⁸. El joven escritor no sabe cómo explicar sus relaciones con la Venus Urania y los motivos del duelo, pero cuando menciona el nombre de Salustio Durante, el hombrecillo de las gafas verdes exclama: «¿Que si le conozco? ¡Mucho, por mi desgracia...Ñ.. Ese hombre ha sido mi ruina... Sus hijas no son lo que parecen... Es decir, que no son sus hijas... Es una historia terrible. Escuchen ustedes...» ¹⁹.

Leopoldo Alas era amigo de Vital Aza (1851-1912), y le dedicó por lo menos un artículo, el de *Palique* (Madrid, 1894), págs. 305-312. Este poeta, festivo y comediógrafo asturiano, siguió los derroteros de su amigo Ramos Carrión. Entre sus numerosos sainetes figuran *El sueño dorado* (1875), *Aprobados y suspensos* (1876) y *El sombrero de copa* (1887). En 1951 la editorial Aguilar publicó una extensa antología de sus *Comedias escogidas*.

¹⁷ El capítulo de Pedro Bofill se encuentra en *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 180, págs. 3, 6 y 7, 31-VII-1886.

¹⁸ Para el capítulo de Vital Aza, véase *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 181, págs. 3, 6 y 7, 7-VIII-1886. Esta cita procede de la pág. 6.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 7.

Para el capítulo IX, José Estremera opta por un título aún más cervantesco que los anteriores: «Extraña relación del hombre de las gafas verdes, seguida de otros varios y no esperados sucesos» y una historia tan enmarañada como las novelas cortas del siglo XVII. Según el viejecillo, don Salustio no es editor ni tiene hijas; se llama Quintana y es un cómico fracasado que había tenido que huir a la Georgia, haciendo correr la falsa noticia de su muerte. Apenas llegó a Tiflis, Quintana hizo relaciones con un loco rico, don Salustio Durante, que tenía dos niñas y le inició en todos sus secretos.

En este momento, un criado entrega una tarjeta a Peláez y el abogado tiene que salir del despacho. El hombre de las gafas verdes continúa la historia de don Salustio: «El loco, en un acceso de furor, se tiró por un torrente desde gran altura y el gracioso se apoderó, no sólo de los papeles y de las hijas del muerto, sino hasta de su personalidad civil, y volvió a España convertido en el rico propietario y editor don Salustio Durante»²⁰.

De pronto, el de las gafas verdes se levanta y con el énfasis de un mal cómico empieza a recitar unos versos de *Hamlet*, en inglés. Con espantosa tranquilidad abre el balcón y se arroja por él a la calle. Octavio llama al instante a Peláez, que está hablando con una mujer en una habitación contigua. Al oír la noticia, la mujer se desmaya; el novelista entonces se da cuenta que no es otra que Elena, la loca.

Afortunadamente, el balcón es muy bajo y el hombre de las gafas verdes no muere. Peláez explica a Octavio que ese hombre es el verdadero don Salustio Durante, padre de su amada, y él, Peláez, el encargado de esclarecer los hechos y devolverle sus hijas.

El poeta y autor dramático José Estremera (1852-1895) consiguió ver representada su pieza *Pruebas de fidelidad* (1873) gracias a la intervención de su amigo Jacinto O. Picón. Otras comedias suyas son: *La de San Quintín*, *Don Luis Mejía* y *La cáscara amarga*. También estrenó varias zarzuelas con música de Chapí, Valverde, Chueca, Arrieta y otros músicos de la época. Una caricatura de Estremera apareció en el *Madrid Cómico* del 4 de diciembre de 1886.

El autor del capítulo X («El manicomio. Sistemas. Don Felipe de la Cuña. Final»), Eduardo de Palacio, hizo bien en no tratar de resolver —ni complicar— la situación. Habla humorísticamente de varios «sistemas» para curar a los alienados y visita el manicomio de San Feliú de Llobregat. Allí conoce a don Felipe de la Cuña, a quien la gente denomina «El Virgen Loco». Don Felipe ha soñado siempre con escribir una obra maestra que pudiera acabar con *El Quijote*. Después de muchos meses de angustia y de trabajos nocturnos da con la obra y, diciendo esto, cuenta al autor la historia de *Las vírgenes locas*²¹.

Eduardo de Palacio (¿1836?-1900), redactor de *El Perro Grande* y *El Imparcial*, colaboró en *La Ilustración Española*, *Blanco y Negro*, *La Gran Vía*, y muchos otros diarios y semanarios de su tiempo. Escribió por lo menos dos novelas, *El corazón de*

²⁰ El capítulo de José Estremera se publicó en *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 182, págs. 3 y 6, 14-VIII-1886. Esta cita procede de la pág. 6.

²¹ Se encuentra el capítulo de Eduardo de Palacio en *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 185, págs. 3 y 6, 4-IX-1886.

un bandido (1878) y *El fraile del Rastro* (1886); varios libros de cuadros costumbristas, como *Adán y compañía* (1892) y numerosas comedias, por ejemplo, *El león enamorado* (1872), *El caballero de Olmedo* (1877) y *En un lugar de la Mancha* (1877).

La novela termina con el epílogo de Luis Taboada («En donde resulta que el mundo es una jaula»), publicado en el *Madrid Cómico* del 11 de septiembre de 1886. Sinesio (Delgado) informa al autor de este epílogo que Eduardo (de Palacio) se ha vuelto loco; Quintana, al abrazarlo, le había puesto sobre el cogote un específico que produce la locura. Como Taboada no parece adivinar el móvil que había guiado la mano del cómico, Sinesio añade: «*Las vírgenes locas* no es una creación de la acalorada mente; no es un cuento inverosímil; es una terrible pero verídica relación de hechos que se desarrollan a nuestro alrededor. Eduardo debía descubrir el misterio en el capítulo encomendado a su bien cortada pluma, pero Quintana supo evitarlo, extraviando la razón de nuestro pobre amigo y obligándole a decir que *Las vírgenes locas* es una obra de un demente»²².

Salustio Durante regresa a Madrid y en compañía de su hija Elena visita al abogado Peláez para que le ayude a descubrir al infame Quintana. Así se explica la escena del desmayo que Octavio había presenciado. Mientras esto ocurría en casa de Peláez, Quintana envenena a Evaristo Quiñones con dos gotas de un líquido azul en una copa de cerveza. El capitán lanza una carcajada, sale del café y se arroja por el viaducto de la calle de Segovia. Quintana ha envenenado a Quiñones para quedarse con toda la herencia de don Salustio, pero al mismo tiempo la muerte del capitán deja libre a Elena para casarse con Octavio.

Peláez, Octavio, Salustio y sus dos hijas logran aprisionar a Quintana en una camisa de fuerza y están dispuestos a entregarlo a la justicia al día siguiente si no devuelve los documentos que había robado a don Salustio Durante. Octavio pierde la razón cuando Quintana les revela el secreto que Elena y el joven novelista son hermanos. «Hoy —sigue diciendo Sinesio— Elena y Carmela están en San Baudilio; Octavio y don Salustio figuran en la lista de pensionistas de Leganés; Quintana murió loco en la cárcel-modelo, y Peláez, loco también, recorre las calles de la villa tocando el violín»²³. Al terminar su relato, Sinesio arroja por el balcón el cuello postizo, lanza una carcajada y también se vuelve loco. Y como para «vengarse» socarronamente de tantas carcajadas, el director de *Madrid Cómico* pone esta Nota de la Redacción al pie de la misma página: «En este momento acaba de volverse loco el señor Taboada»²⁴.

Luis Taboada (1848-1906), periodista y cuentista satírico de indiscutible talento, escribió por lo menos dos novelas, *La viuda de Chaparro* (1899) y *Pellejín* (1910), y muchos libros de cuadros costumbristas entre los cuales merecen recordarse *Madrid en broma* (1890) y *La vida cursi* (1891). En 1900 publicó sus *Memorias de un autor festivo: Intimidades y recuerdos*. Algún cuento suyo anda hoy en antologías, por ejemplo, «Las cuatro pesetas», en *Selecciones españolas* (Nueva York, 1980), destinada a estudiantes norteamericanos.

²² El epílogo de Luis Taboada puede leerse en *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 186, págs. 3 y 6, 11-IX-1886. Esta cita viene de la pág. 3.

²³ *Ibid.*, pág. 6.

²⁴ *Idem.*

El buen humor de los redactores de *Madrid Cómico* continuó en el número siguiente del periódico. Al final de su artículo «De todo un poco», Taboada escribe: «¡Ah! Se me olvidaba... Ya habrán notado ustedes que sigo estando loco a consecuencia de la novela. Quiera Dios que a los lectores no les suceda lo mismo»²⁵. En el mismo número, el popular humorista y fecundo poeta Juan Pérez Zúñiga añade esta nota a «Un recreo de viaje»: «Como quiera que escribí este verídico relato a continuación de leer de una sentada la novela *Las vírgenes locas* y esta circunstancia me produjo cierta perturbación en el cerebro, imploro el perdón de mis lectores si hallan por casualidad en el artículo presente alguna falta de construcción gramatical»²⁶.

No cabe duda que *Las vírgenes locas* gozó de gran popularidad en su tiempo, a pesar de que no tenía pretensiones literarias de ninguna clase. Representa, además, la única novela escrita por doce autores distintos que no sabían quién iba a redactar el capítulo siguiente. Este juego o experimento interesa hoy sólo por la participación de Leopoldo Alas, Luis Taboada, Picón, Ortega Munilla y otros escritores que siguen llamando la atención de críticos e investigadores de las letras españolas.

DAVID TORRES
Department of Modern Languages,
Angelo State University,
SAN ANGELO, Texas 76909

²⁵ LUIS DE TABOADA: «De todo un poco», *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 187, pág. 2, 18-IX-1886.

²⁶ JUAN PÉREZ ZÚÑIGA: «Un recreo de viaje», *Madrid Cómico*, vol. VI, núm. 187, pág. 6, 18-IX-1886. Pérez Zúñiga, amigo de Clarín, no colaboró en *Las vírgenes locas*, pero su libro *Guasa viva* (1892) lleva un prólogo del crítico asturiano.